

## Momentos desvividos

POR JESÚS JOAQUÍN MARTÍNEZ VIÑAS

LA verdad es que este fin de semana la playa no estaba desierta, algo obvio por otra parte. Me encontraba allí con mi familia rodeado de una multitud que, como nosotros, había ido a pasar un día de sol y mar. Nos pertrechamos con todo lo básico, con ese equipamiento de playa que, evidentemente, no puedes dejar de llevar: toallas, sombrilla, cubo, palas, rastrillos, tabla de bodyboard, ropa variada, neverita... Algo *sencillo*, similar en cuanto a planificación, con la mayoría de las personas que nos hallábamos en aquel lugar.

Los que llegaban iban tomando posiciones donde podían y los espacios ciertamente se fueron reduciendo. Llegó una pareja y después de estar unos cuantos minutos intentando encontrar desesperadamente algún mínimo espacio en el cual aposentar sus cuerpos, pudieron lograrlo, y fue algo así como un triunfo en esa tarea que parecía por momentos casi imposible. Eso sí, una vez que consiguieron su objetivo, miraron alrededor desafiadamente como dando a entender: "Malditos domingueros".

Podemos presuponer que todos los que estábamos allí ansiábamos un día de playa y, al mismo tiempo, habríamos deseado encontrárnosla desierta, algo que, sabíamos, iba a ser completamente imposible. Por lo tanto, todos en multitud hermanada, nos dispusimos a disfrutar de nuestro día de esparcimiento.

Parece que cuando vas a algún lugar, y más cuando es de vacaciones, inconscientemente nos molesta el gentío. Nos creemos con el derecho de poder gozar de una especie de soledad y aislamiento, no queriéndonos *malvadamente* dar cuenta de que todos tenemos evidentemente el mismo derecho a disfrutar de espacios, situaciones, vivencias... de cualquier tipo. Es como si nos viésemos traicionados en esa legitimación de disfrute por compartirlo con otras personas. Nos gustan las playas o calas solitarias, las ciudades que no estén atestadas de turistas, los paseos por senderos solitarios...

Vivimos desde hace tiempo una extraña situación consumista del tiempo libre en todos sus ámbitos. Nos vemos abocados por nuestra inconsciencia y por el propio medio a consumir, de una manera muchas veces absurda, en una carrera por disfrutar, ver, comprar, gastar... en cualquier tipo de situación.

Se habla del estrés post-vacacional, pero en muchos casos y en según que situaciones podríamos hablar de uno pre-vacacional y de otro que, simplemente, nos afecta cuando se está disfrutando de las mismas. El ansiar de tal forma el que lleguen por ejemplo las vacaciones, nos sume en una vorágine hacia un objetivo que quizá sea imposible y que llega a angustiarnos de una manera muchas veces ilógica. Se quiere conseguir un fin y en ello invertimos muchas de nuestras energías, incluyendo comportamientos y actitudes.

Es tan absurdo que hay en muchas ocasiones que se empieza a disfrutar de las vacaciones cuando ya estamos en casa y comenzamos a recordarlas, charlamos, vemos fotos, vídeos... Y te das cuenta de que te has perdido realmente lo que has vivido, por así decirlo y exageradamente, es como si hubieras vivido una realidad sin haberte dado cuenta de la misma.

Ésto tiene su mayor exponente o representación en algunos viajes organizados. En ellos te encuentras sometido a una auténtica *tortura* de una dictadura que marca horarios, turnos, visitas... Puedes ser capaz de madrugar exageradamente, de meterte kilometradas descomunales, de verte envuelto en ventas engañosas, de poder visitar una ciudad en un tiempo récord, de disfrutar del arte vertiginosamente...

Tener la fortuna de disfrutar de momentos y espacios de disfrute, el poder trasladarte, es una oportunidad que tienen los países desarrollados de acceder en muchos casos a una globalización que a veces, contradictoriamente, aísla al tiempo que explota por doquier. Posibilidad que en muchas ocasiones se pierde en otros aspectos, pues nos vemos involucrados en influencias ajenas que influyen en nosotros directamente.

Todo forma parte de un funcionamiento casi perfecto, y no es que esté mal, cada uno lo valorará según creencias, preferencias y posibilidades económicas. Lo que es conveniente es disfrutar desde la tranquilidad, y esa misma en muchas ocasiones nos va a dar el disfrute y nos va a hacer desprendernos de esa prisa, de ese estrés que crea infinidad de momentos impersonales.

Quizá sea un reflejo de comportamientos de la sociedad en la que vivimos y en la que nos vemos rodeados. Subsistimos muchas veces dirigidos y enfocamos nuestros esfuerzos hacia el futuro, hacia lo que vendrá y, cuando llegamos a él, no los aprovechamos de forma adecuada. Por así decirlo, es bueno, una vez más, recordar lo importante que es vivir el día a día, cada momento y lo que llegue ya aparecerá, pues si no perderemos el presente. La planificación es positiva, la ansiedad es perdida. Definimos todo y no nos damos cuenta de que "definición no deja de ser una abstracción". Cada uno buscamos por ejemplo nuestro turismo ideal, parece que vivimos para las vacaciones y cuando éstas llegan, en numerosas ocasiones malgastamos mucho de ese tiempo en correr hacia no se sabe dónde sin apreciar verdaderamente lo qué y a quiénes tenemos alrededor.

Por eso, cuando estoy rodeado de tanta gente la verdad es que no me molesta, todos tenemos una especie de derecho de disfrutar y cuando hay tanta gente hay que asumirlo, no hacer mala leche y disfrutar en la medida de lo posible de lo que se tenga y de lo que se pueda, porque muchas veces, como en todos los ámbitos de nuestras vidas, en los pequeños placeres encontramos los mayores disfrutes y las mejores metas.